

El bachiller

Jules Vallès

El bachiller

Traducción de Manuel Serrat Crespo

ACVF EDITORIAL

MADRID

edición especial pdf: primer capítulo

distribución gratuita en internet

www.acvf.es

*A QUIENES
alimentados de griego y latín,
se murieron de hambre,
dedico este libro.*

*JULES VALLÈS
París*

1. En camino

He recibido una educación.

—Está ya armado para la lucha —ha dicho mi profesor al despedirme—. Quien triunfa en el colegio entra como vencedor en la carrera.

¿Qué carrera?

Un antiguo compañero de mi padre, de paso por Nantes, vino a visitarle y le contó que uno de sus antiguos condiscípulos, uno de esos que ganaban todos los premios, había sido hallado muerto, aplastado y ensangrentado, en el fondo de una cantera de piedra, adonde se había arrojado tras haber permanecido tres días sin comer.

Ésta no es, sin duda, la carrera que hay que seguir; no lo creo. En cualquier caso, no hay que lanzarse a ella de cabeza.

Seguir la carrera significa: avanzar por el camino de la vida; colocarse, como Hércules, en la encrucijada.

Como *Hércules en la encrucijada*. No he olvidado la mitología que aprendí. ¡Vamos! Algo es algo.

Mientras enganchaban los caballos, llegó el director para estrecharme la mano como a uno de sus más queridos *alumni*. Ha dicho *alumni*.

Turbado por la idea de la partida, no comprendí en seguida. Monsieur Ribal, el profesor de cuarto, me dio un codazo.

—*Alumn-us, alumn-i* —apuntó en voz baja, haciendo hincapié en el genitivo y con aspecto de estar abrochándose la hebilla del pantalón.

—¡Ah, sí!, *alumnus*... quiere decir *alumno*, es cierto.

No quiero ser menos en cuanto a lenguas muertas ante el director; él me da latín y yo le devuelvo griego:

—Χάρμητῶ μοῦ παιδαγωγῶ —que significa: «Gracias, querido maestro».

Hago al mismo tiempo un gesto dramático, resbalo, el director quiere sujetarme, resbala también; tres o cuatro personas han estado a punto de caer como un castillo de naipes.

El director (*impavidum ferient ruinae*, la ruina del mundo lo dejaría impasible) es el primero en recuperar el equilibrio y se acerca de nuevo a mí, importunando un poco a todo el mundo. Me habla otra vez, en tan supremo momento, de mi educación.

—Con ese bagaje, amigo mío...

El mozo cree que se trata de mis maletas.

—¿Tiene equipaje?

No tengo más que un pequeño baúl, pero poseo una sólida educación.

En marcha.

Puedo estirar las piernas y los brazos, llorar, reír, bostezar, gritar, tanto como quiera.

Soy dueño de mis gestos, dueño de mis palabras y de mi silencio. Salgo por fin de la cuna donde los buenos de mis padres me han tenido envuelto en pañales durante diecisiete años, sacándome de ella de vez en cuando para darme unos azotes.

¡No puedo creerlo! Temo que el coche se detenga, que mi padre o mi madre suba y vuelva a meterme en la cuna. Temo que un profesor, un comerciante en lenguas muertas venga a instalarse junto a mí, como un gendarme.

Pero no, en la imperial sólo hay un gendarme, y lleva correajes de color tortilla, charreteras blancas y un sombrero estilo Napoleón.

Esos gendarmes sólo detienen a los asesinos y sé que, cuando detienen a la gente de bien, defenderse no constituye ningún crimen. Se tiene derecho a matarlos, ¡como en Farreyrolles! Después os guillotinarán; pero esa cabeza cortada os

deshonra menos que si hubierais empujado a vuestro padre contra un mueble, al rechazarle para evitar que os tundiera.

¡Soy libre! ¡LIBRE, LIBRE, LIBRE...!

Me parece que mi pecho se ensancha y un cosquilleo de orgullo me sube a la nariz... Siento hormigueo en las piernas y el sol estalla en mi cerebro.

Me he hecho un ovillo. ¡Oh!, mi madre diría que parezco raquíptico o jorobado, que mi mirada está extraviada, que mi pantalón está demasiado arremangado y mi chaleco abierto, que los botones... ¡Es cierto, mi mano los ha desabrochado para hurgar en la carne de mi pecho! Siento en su interior latir mi corazón con fuerza, y he comparado con frecuencia esos latidos con el brinco que da, en el vientre de una mujer, el niño a punto de nacer...

Sin embargo, poco a poco, mi exaltación se calma, mis nervios se distienden y queda en mí una fatiga parecida a la de la mañana que sigue a una noche de borrachera. La melancolía pasa por mi frente como pasa la nube, allí arriba en el cielo, enmascarando con su algodón gris el rostro del sol.

El horizonte, que, a través del cristal, me amenaza con su inmensidad, la campiña que se extiende muda y vacía, ese espacio y esa soledad me colman poco a poco de una punzante emoción...

Ignoro en qué momento han trasladado la diligencia al ferrocarril; pero me siento atenazado por una especie de temor religioso ante ese camino abierto por la frente cobriza de la locomotora y por donde discurre mi vida... Yo, el orgulloso, yo, el valiente, me siento palidecer y creo que me voy a echar a llorar.

Precisamente el gendarme me está mirando; ¡valor! Finjo estar resfriado para explicar la humedad de los ojos, y estornudo para ocultar que iba a prorrumpir en sollozos.

Esto me ocurrirá más de una vez en el futuro.

Disimularé eternamente mis emociones íntimas tras la máscara de la despreocupación y la peluca de la ironía...

He tenido como compañera de viaje a una hermosa muchacha de pechos llenos y risa incitadora, que me ha hecho sentir a mis anchas poniendo picante en sus palabras y acariciándome con sus ojos azules.

Pero en una parada, extendió la mano hacia una florista; esperaba que yo le ofreciera flores.

Me ruboricé, abandoné el vagón y pasé a otro. ¡No soy lo bastante rico como para comprar rosas!

Sólo llevo veinticuatro sueldos en el bolsillo: una moneda de plata de un franco y cuatro sueldos sueltos... pero cuando llegue a París tengo que cobrar cuarenta francos.

Es una historia bastante complicada.

Al parecer, monsieur Truchet, de París, debe dinero a monsieur Andrez, de Nantes, quien a su vez se lo debe a mi padre por cuenta de un tal monsieur Chalumeau, de Saint-Nazaire; hay aún otro ciudadano mezclado en el asunto; pero el resultado de todas estas explicaciones es que, en las oficinas del Servicio de Postas de París, recibiré, de manos de monsieur Truchet, la suma de cuarenta francos.

¡Hasta entonces, veinticuatro sueldos!

Veinticuatro sueldos, diecisiete años, espaldas de luchador, una voz de cobre, dientes de perro, piel olivácea, manos como limones y cabello como alquitrán.

Pese a ese aspecto de salvaje, soy de una timidez enfermiza, que me hace desgraciado y torpón. Cada vez que alguien de mayor edad, más rico o más débil que yo me mira a la cara; cuando la gente que me dirige la palabra no es de aquella con la que pueda pegarme y cuya ironía pueda borrar a puñetazos, siento terrores infantiles y cortedades de jovencita.

La buena de mi madre me ha dicho tan a menudo que era feo de nariz para abajo, así como torpón y desmañado (ni si-

quiera sabía hacer ochos al regar), que pierdo toda confianza en mí mismo en cuanto me hallo frente a alguien que no sea hombre de colegio, profesor o compañero.

Me creo inferior a todos los que pasan y sólo estoy seguro de mi valentía.

Con las provisiones que me ha entregado mi madre dispongo de comida. No tocaré mis veinticuatro sueldos.

Cuando me ha entrado sed, me he deslizado en el bar de la estación y, escondiéndome de los viajeros, he cogido una garrafa de agua y he llenado con ella mi cubilete de piel. Lo compré cuando quería ser marino, aventurero, descubridor de islas.

Necesito hacer acopio de valor para decidirme a hacerme con esa garrafa y robar parte de su agua. Me siento como uno de esos pobres que tienden la mano hacia una escudilla, a la entrada de los pueblos.

Me atraganto al beber y se me oprime el corazón. Hay en todo esto una actitud que me humilla.

PARÍS, LAS 5 DE LA MADRUGADA

Hemos llegado.

¡Qué silencio! Todo parece pálido a la luz macilenta del alba, y este París adormecido tiene la soledad de los pueblos. Es melancólico como el abandono: hace frío al amanecer y la última estrella parpadea estúpidamente en el desvaído azul del cielo.

Estoy asustado como un Robinson desembarcado en una remota orilla, en un país sin árboles verdes ni frutos rojos. Las casas son altas, apagadas, y como ciegas, con sus postigos cerrados y sus cortinas corridas.

Los factores trasiegan baúles. Éste es el mío.

¿Y el personaje de los cuarenta francos, el amigo de monsieur Andrez?

Me acerco al mozo de equipajes que me parece más campechano y, enseñándole mi carta, le pregunto por monsieur Truchet; es el nombre que figura en el sobre.

—¿Monsieur Truchet? Aquélla es su oficina, pero se ha ido a Orléans.

—¿Se ha ido...! ¿Volverá esta noche?

—No, no hasta dentro de unos días; un postillón ha cometido un robo en la línea y él se encarga de esclarecer el asunto.

Monsieur Truchet se ha ido. ¡Mi madre es una criminal! Debía haber previsto que ese hombre podía marcharse, debía saber que hay postillones que roban, debía haberme evitado el encontrarme así, con una moneda de un franco, solo y desamparado en una ciudad en la que estuve interno como colegial, nada más.

—¿Es usted el viajero a quien pertenece este baúl? —dice un empleado.

—Sí, señor.

—¿Quiere quitarlo de ahí? Vamos a meter otros equipajes en la oficina.

¡Quitarlo de ahí! No puedo llevármelo a cuestras por la ciudad... Me derrumbaría al cabo de una hora. ¡Oh!, se me humedecen los ojos con lágrimas de rabia y la garganta me duele como si estuvieran hurgando en ella con un cuchillo mellado...

—¡Vamos, vamos, ese baúl!

El empleado vuelve a la carga, empujando hacia mí el bulto con ademán molesto y furioso.

—Señor... —digo con voz temblorosa—. Tengo una carta para monsieur Truchet, una carta de monsieur Andrez, el director del Servicio de Postas de Nantes...

El hombre se sosiega.

—¿Monsieur Andrez...? Le conozco. ¿Necesita usted un lugar donde alojarse...? Hay un hotel nada caro en la calle de los Deux-Écus.

Ha dicho «nada caro» con excesiva bondad. ¡Tengo la impresión de que ve el fondo de mi bolsillo!

—Encontrará habitación por treinta sueldos.

¡Treinta sueldos!

Haciendo de tripas corazón, agarro el baúl por el asa.

Pero se me ocurre una idea.

—¿No podría dejarlo aquí? Más tarde vendría a buscarlo.

—Claro que puede... Se lo pondré en aquel rincón... ¡Caramba! Seguro que no lo confundirán con otro —dice, mirando la dirección—. Veo que ha tomado usted todas las precauciones.

Mi madre ha pegado la siguiente etiqueta en mi equipaje:

Este baúl, recuerdo de
familia, pertenece a

VINGTRAS (JACQUES JOSEPH-ATHANASE), nacido el día de san Bernabé, en Le Puy (Haute-Loire), hijo de monsieur Vingtras (Louis-Pierre-Antoine), profesor de primero de bachillerato en el colegio real de Nantes.

Salido de esta ciudad,
el 1º de marzo, hacia
París, en la diligencia
Laffitte y Gaillard, en
la rotonda, asiento del
rincón. Devolverlo, en
caso de accidente, a

Nantes (Loire-
Inférieure), a las señas
de monsieur Vingtras,
padre, muelle de
Richebourg, 2, piso
segundo, en la casa
propiedad de monsieur
Jean Paussier, llamado
Gros Ventouse.
¡Cúidenlo!

Parece un epitafio grabado en una cruz de cementerio de pueblo. El empleado me mira de la cabeza a los pies y yo balbuceo una mentira:

—Lo ha hecho mi abuela. Ya sabe usted, las mujeres de pueblo...

Se me antoja que, al atribuir el epitafio a una anciana campesina, evito hacer el ridículo.

—Sí, debe llevar un pañuelo negro en la cabeza y, por detrás, el refajo al aire, como si lo estuviese viendo —dice el empleado con talante bonachón.

¡Si hubiera visto el sombrero amarillo, con pájaros dándose el pico, que era el tocado preferido de mi madre...! mi madre, de la que acabo de renegar...

En fin, me han guardado el baúl. Saludo, hago girar el pomo de la puerta y me voy.

Heme en París.

Así es como entro en la ciudad.

¡Vaya comienzo! ¿Qué será de mi vida, iniciada bajo semejante estrella?

Salgo del patio; camino de frente sin rumbo fijo... Pasan al galope coches de carnicero; los caballos parecen tener los ollares ardiendo (en provincias se suele decir que es porque les hacen beber sangre); las vasijas de hojalata de los coches de lechero trepidan sobre los adoquines; hay obreros que van

y vienen con un mendrugo de pan y sus herramientas envueltas en su blusón; algunas tiendas abren los ojos y aparecen sacristanes en las escalinatas de las iglesias, con voluminosas llaves en la mano; se advierten algunas levitas.

París despierta.

París ha despertado.

Estuve hasta las ocho vagando por las calles.

febrero de 2007